

VIOLENCIA: PRIORITARIA ENFERMEDAD QUE DEBE SER PREVENIDA

Pedro José Sarmiento M.*

RESUMEN

En este trabajo, el autor examina la problemática de la violencia como un fenómeno universal, sobre el que la OMS ha señalado una importante enfermedad de dimensiones globales. Además, ilustra las estrategias de prevención propuestas y hace un examen crítico de las mismas, para ofrecer nuevos elementos de análisis no considerados en torno al problema.

PALABRAS CLAVE: violencia, programas de prevención, bioética, factores implicados en la violencia, problemas globales.

ABSTRACT

In this work, the author examines the problems of violence as a universal predicament pointed out by the WHO as a very serious global disease of enormous dimensions. In addition, the author illustrates and examines with a critical eye the preventive strategies proposed, in order to suggest new analysis elements not yet taken into consideration in the general outlook of this matter of universal concern.

KEY WORDS: *violence, prevention programs, bioethics, factors involved in violence, global problems.*

“Violencia” es un término que incluye una importante variedad de situaciones, las cuales pueden ser examinadas desde diferentes puntos de vista. Uno de ellos está representado en la persona que la sufre; frecuentemente se trata de mujeres, niños o grupos humanos discriminados, que la padecen de diferentes formas. La violencia también puede analizarse según la naturaleza misma de la agresión, que siendo física, sexual, psicológica o política, afecta negativamente al sujeto víctima. Asimismo, puede examinarse a partir del motivo desencadenante, que podría ser político, domésti-

co, laboral, de guerra, de secuestro, extorsión, etc. Muchos de los actos violentos son clasificados como delitos, pero algunos todavía no lo son, ni tienen posibilidad real de serlo, debido a varios motivos.

En la esfera de la reflexión ética sobre la vida, es preciso señalar que existe una estrecha relación entre violencia y salud. La violencia es una interacción personal, que afecta gravemente a la persona en su dimensión psíquica y física. Una ética sobre la vida no puede dejar de considerar la violencia como uno de los elementos que traicionan la posibilidad de una vida digna, como quiera que pueda entenderse el concepto de dignidad. Por esta razón, la bioética también se ocupa de los factores implicados en el origen y causa directa de la violencia, en la búsqueda de su total aplacamiento, y como parte de su compromiso de responsabilidad ante la vida.

* Médico, Filósofo. Máster en Bioética. Máster en Filosofía. Ph.D. (c). Profesor del Departamento de Bioética, Facultad de Medicina, Universidad de La Sabana.
E-mail: pedro.sarmiento@unisabana.edu.co



La bioética ha señalado que en el siglo XX se vivió una importante amenaza violenta contra la vida. Así lo referían Potter y Jonas, en el temor de la guerra fría. Es verdad que el siglo XX será recordado como el de la violencia. Nuestra época carga consigo un legado de destrucción masiva y violencia, de dimensiones inéditas. Mucho de este gran desorden mundial se debe a la posibilidad abierta por la técnica, que puesta al servicio de ideologías que han propiciado el incremento del sufrimiento humano, casi siempre invisible –mujeres y niños maltratados, juventudes entregadas al mundo de la violencia en diversas formas–, se convierten indeseablemente en un legado que, por desgracia tiende a autorreproducirse en un aprendizaje y perpetuación cíclica de la que no es fácil salir. Las historias de nuestros pueblos, especialmente los latinoamericanos, contienen dolorosos pasajes en los que la violencia se hizo cotidiana, hermana del abuso en todas sus formas: la explotación e incluso la hoy impensable pero aún persistente esclavitud.

Hoy podemos decir que la violencia es mayormente visible donde se ausenta el espíritu democrático, donde reina y se perpetúa la pobreza. Allí crece la violación de los derechos humanos, y el ejercicio de la violencia de muchas maneras. Algunas veces esta se ejemplifica en las diversas acciones de un Estado, que ha comprendido el poder no para hacer el bien, sino para amedrentar a los disidentes con la fuerza de la violencia.

Si bien la atención de las consecuencias inmediatas de la violencia, a nivel individual y colectivo, forma parte del cuidado en salud, la prevención de los actos violentos también integra la preocupación por la salud en importante medida. Las acciones tradicionalmente llamadas “políticas” pertenecen, en esencia, a la salud,

comprendiendo en esta un significado que sobrepasa el habitual reduccionismo biológico. Por esta razón, hacer una verdadera política es, en gran medida, trabajar por ese amplio significado de la salud.

Ciertamente, existen resistencias para admitir la proporción política de la salud, así como la dimensión de salud ejercida por la política. De forma inadecuada, nuestra época ha reducido la extensión de la actividad en salud a los factores biológicos en los que deviene la salud y la enfermedad, y ha dejado de lado otras dimensiones sociales de la atención, que comprometen espacios de estructuración social y política. Sin duda alguna, estos hacen parte de la salud y se revierten en el campo biológico, con consecuencias para la sociedad en general, los grupos familiares y el individuo. En medio de abundantes reduccionismos, pretendemos reconstruir caminos para la paz y la concordia, con resultados poco eficientes y en ocasiones inversos a los esperados.

No es innecesario repetir que nuestra época posee una estructura social que favorece la existencia de la violencia, visible en multitud de circunstancias; tampoco, que nuestro país ocupa, infortunadamente, uno de los primeros lugares en relación con el problema a escala mundial. A finales del 2002, la OMS presentó un informe mundial sobre la violencia y la salud, donde se recogen una gran cantidad de datos acerca de la muerte anual a causa de los conflictos armados, la vida social en general, la familia y las instituciones, que involucra un número cercano a los dos millones de muertes; los más afectados han sido los sujetos entre 15 y 44 años¹. Se trata del más amplio informe sobre violencia mundial publicado hasta

¹ WHO. *World Report on Violence and Health (Informe mundial sobre la violencia y la salud)*, Washington, D.C., 2002.



ahora, y quizás el primero en su historia. Cada año millones de personas pierden la vida como consecuencia de un acto violento. Al parecer, las cifras presentadas son apenas la punta del iceberg, puesto que la mayoría de acciones violentas se cometen en la esfera de lo privado.

La novedad del informe no está propiamente en las cifras, cuanto en la forma de presentar el análisis del problema. Se trata de una nueva consideración, que admite que la violencia en el mundo es un serio problema de salud pública, el cual, como tal, afecta de manera directa el desarrollo social y económico de muchos sectores de la población del globo.

El señalamiento del documento nos sitúa en condición de alarma. Al parecer, América Latina y el Caribe tienen las más altas tasas globales de homicidios intencionales, que llevan a la muerte a cerca de 120.000 individuos por año. Sin importar el modo como se mire, el problema de la violencia tiene serias consecuencias para los individuos y, en definitiva, para las naciones donde se vive, más aún para países como el nuestro, largamente azotado por el problema.

En realidad, los actuales programas de prevención de la violencia son poco eficaces. Por este motivo, la OMS se vio en la necesidad de redactar este informe, con el objetivo de definir y determinar la magnitud real del problema de la violencia en el mundo, identificar sus causas, así como formular y poner a prueba estrategias de afrontamiento, que pudieran tener eficacia en alguna medida comprobable.

La OMS define la violencia como “el uso deliberado de la fuerza física o del poder, ya sea este en grado de

amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona, grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos de desarrollo o privaciones”². En esta definición se incluyen los comportamientos suicidas, los conflictos armados, en los que se vive la amenaza, y la intimidación. La elaboración del informe incluyó la propuesta de un modelo ecológico, cuyo análisis comprende factores culturales, económicos y políticos, y que, en definitiva, pretende explorar las raíces de la conducta agresiva, a la luz de cuatro niveles específicos: el individual, el relacional, el comunitario y el social. A este modelo, que interpreta la violencia como un resultado de la interacción de múltiples factores comprendidos en estos niveles, la OMS le ha dado el nombre de modelo “ecológico”.

De este modo, el documento busca analizar el problemático fenómeno, admitiendo las serias dificultades que existen para controlarlo e incluso para comprenderlo. El informe señala que en el año 2000 murieron en el mundo cerca de 520.000 personas, como consecuencia de la violencia interpersonal, y hubo muchas más víctimas no mortales de agresiones físicas o sexuales. Añade que en el mismo año se suicidaron cerca de 815.000 personas, lo que sitúa el suicidio en la decimotercera causa de muerte mundial, cuyas tasas más elevadas se registran en Europa Oriental. Este tipo de violencia autoinflingida es castigada por algunas naciones, y se admite como uno de los rasgos importantes del problema.

La violencia global la sufren las mujeres en un amplio sector; ellas padecen maltratos de toda índole, a nivel

² *Ibíd.*, p. 3.



público y privado. Desde hace más de dos décadas las denuncias han propiciado la creación de multitud de organizaciones a nivel mundial, que pretenden defender, predominantemente, los derechos de la mujer como especial víctima de la violencia. Son las mujeres quienes corren más riesgos en entornos domésticos o familiares. Casi la mitad de las que mueren por homicidio son asesinadas por sus maridos o parejas actuales o anteriores, un porcentaje que se eleva al 70% en algunos países. Aunque es difícil obtener cifras exactas, debido a la falta de registros, según los datos disponibles se estima que una de cada cuatro mujeres sufrirá violencia sexual por parte de su pareja en el curso de su vida. La mayoría de las víctimas de agresiones físicas se ven sometidas a múltiples actos de violencia durante largos periodos. En una tercera parte, o en más de la mitad de estos casos, se producen también abusos sexuales. En algunos países, hasta una tercera parte de las niñas dicen haber sufrido una iniciación sexual forzada.

Relaciones sexuales bajo coacción, violaciones por parte de extraños o familiares, durante conflictos armados, acoso sexual de diversas formas, así como prostitución forzada, trata de blancas, mutilación genital, violaciones cuando se sufre encarcelamiento, son expresiones de la violencia física que se padece en todo el mundo. La mayoría de las víctimas son mujeres y niñas, pero también varones y niños, aunque en menor grado. La violencia sexual repercute hondamente en la salud física y mental de quienes la padecen; ciertamente, las secuelas pueden ser duraderas, de muchos años luego de la agresión. En varios países, al menos una de cada cuatro mujeres es víctima de abuso sexual, y casi una tercera parte han tenido una iniciación sexual forzada. Estas cifras no varían en relación con el nivel de desarrollo de los

países. Los estudios revelan cantidades equivalentes en países como México, Inglaterra, Zimbawe y Perú, todo lo cual prueba las características globales del problema.

Los datos sobre la violencia juvenil indican que la tasa de homicidios entre jóvenes ha aumentado en muchas partes del mundo. Se calcula que por cada joven muerto a consecuencia de la violencia, entre 20 y 40 sufren lesiones que requieren tratamiento. Los estudios muestran que las peleas y la intimidación son comunes entre los jóvenes, y que el abuso del alcohol es una de las circunstancias que desencadenan la violencia. Por lo que se refiere al maltrato de menores, los datos de algunos países indican que aproximadamente el 20% de las mujeres y entre el 5 y el 10% de los varones han sufrido abusos sexuales durante la infancia.

A estas cifras se suman cerca de 40 millones de niños que sufren violencia en el mundo. Aquella representada en la agresión física contra los menores se encuentra relacionada de modo directo con el grado de escolaridad de los miembros de las familias. De los países de Latinoamérica, Brasil es uno de los que poseen cifras más alarmantes; se estima que en la actualidad hay cerca de ocho millones de niños en las calles, con edades entre los 7 y los 15 años, y alrededor de 800.000 están dedicados a la prostitución como modo de supervivencia.

Se calcula que la violencia, a nivel global, cobra cerca de cinco millones de muertes al año. Esta cifra resulta ciertamente mayor si se consideran los casos que no han provocado muertes o que no han sido denunciados. Muchos de ellos pudieron haberse evitado en gran medida, si se hubiera atendido al análisis de la problemática y a sus posibles y variadas estrategias de control.



LAS DEBILIDADES DEL “MODELO ECOLÓGICO” PROPUESTO POR LA OMS, PARA ATENDER LA VIOLENCIA

La propuesta de la OMS, para controlar y prevenir la violencia de las sociedades a nivel global, establece la necesidad de programas de vigilancia epidemiológica. Este concepto, aplicado también a otras enfermedades, pretende una recolección sistemática, continua y oportuna de información sobre las condiciones de salud de la población, de cuyo análisis se pretenden soluciones³.

La OMS reconoce en la violencia un problema polifacético, que tiene raíces biológicas, psicológicas, sociales y ambientales, para el que no existe una solución simple o única. Por el contrario, admite que se trata de un problema que requiere de intervenciones a distintos niveles, mediante una orientación de tipo “ecológico”, que comprenda al individuo, las relaciones, las comunidades y las sociedades en su conjunto. A nivel individual, se examina la historia personal y familiar; esta incluye los comportamientos del sujeto que pueden favorecer la emergencia de la violencia, tales como trastornos individuales de tipo psicológico, adicciones, consumo de drogas, alcohol y violencia intrafamiliar, como factores determinantes. El nivel relacional comprende aquellas relaciones sociales, laborales o afectivas que pueden influir o desencadenar el comportamiento violento. El aspecto social explora el contexto en donde se inscriben factores de riesgo que estimulan la violencia, tales como la extre-

ma pobreza, la densidad habitacional, la existencia de tráfico de drogas, etc. El último factor considera los elementos que al hacer parte de la estructura social contribuyen a mantener las desigualdades económicas y sociales en la población, y que comprenden, además, normas sociales, leyes, políticas económicas, educativas, etc., que favorecen los comportamientos violentos.

Los objetivos de la OMS se orientan a elaborar programas mundiales que pretenden poner freno a la violencia y responder a ella, los cuales están articulados en la base de un análisis predominantemente teórico. Por ejemplo, a nivel individual busca fomentar actitudes y comportamientos saludables en los niños y los jóvenes, que los protejan durante el desarrollo. Se trata de programas de educación que ofrezcan incentivos a aquellos que terminen el nivel de enseñanza secundaria, con el fin de articularlos con planes de prevención en el consumo de drogas. En el siguiente nivel pretende establecer otros programas de desarrollo social, tendientes a prevenir la intimidación. Uno de los objetivos con la juventud se resume en una búsqueda de mejorar el éxito escolar y las relaciones sociales, para lograr “aptitudes sociales” con las que se tiende a controlar la ira y “desarrollar una perspectiva moral”. Otros programas son de tipo terapéutico, orientados a la prevención del suicidio, el abuso sexual o la violencia intrafamiliar. El modelo reconoce en la familia uno de los factores que actualmente se consideran como determinantes en Latinoamérica. La familia en donde se vive violencia tiende a perpetuar entornos abusivos, de manera que en su interior se crean y reproducen ciclos de violencia.

³ La propuesta de la OMS se encuentra en el documento titulado *Guías para la vigilancia epidemiológica de violencia y lesiones*. WHO, Department of Injuries and Violence prevention, 1998.



Sobre la violencia, las medidas más generales, sugeridas por la OMS para una aplicación global, son las siguientes⁴:

1. Crear y aplicar un plan nacional de prevención.
2. Aumentar la capacidad de recolección de datos.
3. Definir las prioridades y apoyar la investigación de las causas, los costos y la prevención.
4. Reforzar las respuestas de las víctimas.
5. Integrar la prevención de la violencia en las políticas sociales y educativas, y promover la igualdad social y entre los sexos.
7. Incrementar la colaboración e intercambio sobre la prevención.
8. Promover y supervisar el cumplimiento de tratados internacionales, y la legislación y otros mecanismos de protección de los derechos humanos.
9. Buscar respuestas prácticas y consensuadas al tráfico mundial de drogas y de armas, a nivel internacional.

Aunque tales iniciativas deben ser reconocidas como un esfuerzo considerable de prevención de la violencia a nivel global, no dejan de tener serias debilidades y desaciertos en algunos de sus enfoques, que se pueden señalar.

Si bien es una novedad la interpretación que se hace de la violencia como un asunto de salud pública de proporciones globales, el enfoque es excesivamente “medicalista”, pues se atribuye en su análisis una perspectiva preventiva, situada en factores de riesgo equivalentes a los de cualquier enfermedad.

⁴ Séptima sesión de la Asamblea Mundial de la Salud, 23 de enero de 2003.

La violencia es, sin duda alguna, un problema que cobra muchas vidas en la actualidad, pero es verdad que las ha cobrado desde siempre. El fenómeno posee raíces biológicas indiscutibles y factores socioculturales profundos, que no pueden reducirse a una visión simplista de factores de riesgo. No cabe duda de que tales factores existen, y de que es necesaria una acción sobre ellos; lo que no puede negarse es la necesidad de admitir que el problema de la violencia no se reduce a las tradicionales formas como se evidencian los actos de agresión física. Muchas acciones de violencia pasiva se ejercen en medio del silencio de sus víctimas, y la presencia de la violencia, por sí sola, es un síntoma de los problemas que afronta la cultura y el mundo contemporáneo.

Estos hechos de violencia activa y visible deben ser controlados con las estrategias globales de salud sugeridas por la OMS, pero sobre todo mediante esfuerzos políticos. Las raíces del fenómeno son variadas y no se circunscriben exclusivamente a los grupos desfavorecidos. Cabe destacar que aunque ciertos tipos de actos violentos se encuentran en tales grupos, también es innegable que la violencia puede considerarse como un mal que no tiene distinción y afecta todas las capas sociales; inclusive, se manifiesta en las formas y acciones del Estado, pero todas estas son objeto de análisis para la prevención.

Existen formas “legítimas” de violencia sobre las que es preciso detenerse, en la medida en que su inconsciencia genera contradicciones que llevan a peores problemas. Algunas de ellas se encuentran representadas en instituciones muy antiguas. Para muchos, la cárcel contemporánea es uno de los fracasos culturales más es-



candalosos. Las dificultades para justificar su existencia son evidentes a lo largo de las épocas. Se arguyen elementos de difícil justificación, tales como una “venganza legítima”, aunque otros más refinados la señalan como una parte de la justicia retributiva y proporcionada al daño padecido. Otros hablan de resocialización o de retribución. En nuestra época, la cárcel es una institución en donde se vive la violencia de muchas formas, y sin duda se ve magnificada en países del tercer mundo, como el nuestro. La rehabilitación del recluso no se alcanza en medio de un clima de delito y zozobra moral. Hasta ahora es una expresión del “diente por diente”, en donde solo se vive el control social de los individuos y se pretende liberarse de un grupo de “desviados”, cuyas motivaciones jamás hacen parte de la prevención. Puede afirmarse que ni siquiera en las cárceles del primer mundo se logra la llamada “resocialización”. El infractor de la ley queda convertido en una víctima, sobre el que siempre agobiará el peso del estigma, que se extiende incluso a su familia. Muchos de los infractores actuales en nuestro medio no han tenido el nivel de educación para comprender el significado de la sociedad, ni de sus leyes. Se trata de muchos sujetos que ingresaron en un remolino de violencia, sin comprender sus circunstancias. El resultado de esta violencia al final de la pena es todavía una mayor incompreensión, sumada a un gran resentimiento.

Las inequidades sociales son otro macrofactor, que por sí mismo representa una forma de violencia social pasiva, la cual favorece la permanencia de la violencia en el mundo. Latinoamérica es la región del globo en la que se vive la mayor inequidad en la distribución de ingresos, y esta es una característica que se ha acentuado sobre todo en la última década. Esta condición de desi-

gualdad no está necesariamente ligada a la de pobreza. En realidad, los países más pobres no son los más inequitativos. Se trata de una disparidad visible en economías con recaudos altos o bajos, para las que existe también una elevada o reducida diferencia en los ingresos de sus habitantes.

Los últimos estudios de la OMS han revelado que las sociedades más saludables no son las más ricas, sino aquellas más equitativas en la distribución del ingreso, cualquiera que sea su nivel económico⁵. Otro tanto puede decirse de las desigualdades en la distribución del ingreso, en función del riesgo de morir. Tales informes señalan, de modo evidente, que la persistencia de factores estructurales en las sociedades del tercer mundo, como pobreza, educación e impunidad, ligados a otros elementos sociales específicos, como el porte de armas, el consumo de alcohol, la inestabilidad y la violencia intrafamiliar, son coordinadas en las que la violencia impregna, no necesariamente con actos visibles violentos. Esta es la razón por la que se requiere el compromiso de los gobiernos para el fomento de acciones sociales definidas, visibles y efectivas, que se ocupen de tales problemas estructurales, antes que actos meramente “preventivos”.

Estas expresiones manifiestan que las formas de violencia son muy variadas y ciertamente disímiles y complejas. En el contexto de la violencia física es frecuente hallar denominadores comunes, como la presencia del alcohol, el consumo de drogas, el porte de armas, etc., elementos todos muy variables, según

⁵ OMS/OPS. *La medición de las desigualdades como base para la acción sanitaria*, 1998.



cada circunstancia. Muchos de los programas “antiviolencia” han centrado sus esfuerzos en un control de estos factores, pero se han convertido en soluciones siempre temporales, de carácter extrínseco.

Por esta razón, el enfoque de la OMS sobre la violencia es parcial, y desde cierta perspectiva inadecuado. La estrategia de “programas” suprime de algún modo la responsabilidad de todos en el problema de la violencia, especialmente del Estado, que se encarga de prevenirla con el fomento de la educación, no como una forma de prevención, sino como un derecho individual y colectivo de primera importancia. Los tradicionales “programas de salud” están inscritos en el marco de acciones saludables, cuyo alcance no puede liberar de responsabilidades a otros sectores comprometidos con lo social, a no ser que se comprenda la salud en un concepto más amplio, tal y como hemos referido.

El enfoque de tales programas no deja de ser en gran medida superficial, pues aborda parcialmente las causas de la violencia. Las pretendidas “aptitudes sociales”, y su desarrollo, que menciona el documento de la OMS, hacen parte de la socialización a la que se orienta la formación educativa en general, y no deben ser consideradas como estrategia particular, sino como vías propias de la educación impartida de modo verbal por el Estado y sus responsables. La sociedad accede al proceso de socialización a través de la educación, con el fin de hacer posible la convivencia sin la presencia de la violencia.

Aunque se trata de un modelo de análisis que con esmerado esfuerzo busca interpretar el fenómeno de la violencia, sus debilidades son manifiestas, pues tiene un carácter meramente teórico de aquellos aspectos en

los que se hace visible el fenómeno. No es, de ningún modo, una propuesta de acciones concretas, como si lo es, por el contrario, el esfuerzo que han hecho instituciones específicas, como Redepaz en Colombia⁶.

ESTRATEGIAS DE PREVENCIÓN NO “MEDICALISTAS”

Por contraste, el esfuerzo de Redepaz parece ser más efectivo, como lo ha demostrado la práctica, en la medida en que posee elementos más pragmáticos y menos especulativos, y que, sin duda, merece ser mencionado como un modelo que fomentó una reestructuración de sectores sociales antes descompuestos, en un programa conocido más internacionalmente que en nuestro propio país. Se trata de un proyecto liderado por la alcaldía desde hace más de una década, en donde se muestra que se ha conseguido una disminución del 30%, en los últimos cinco años, de la violencia representada por homicidios⁷.

El programa compromete diversas instituciones, como el Instituto de Medicina Legal, el Centro Nacional de Referencia de Violencia, comisarías de familia y comandos de policía, que se encargan de una revisión semanal de los actos violentos, para consolidar la información necesaria que permita actuar de modo oportuno en la prevención de tales acciones. Este esfuerzo, de información actualizada y permanente, permite la orientación de las acciones a largo y mediano plazo.

⁶ Ver Redepaz Cali. *Programa municipal para la prevención y atención de la violencia*, BID, 1999. Dirigido por Rodrigo Guerrero, Fundación Carvajal.

⁷ Ob. cit.



Algunos elementos de valor significativo no dejan de tener algo de curiosidad. Por ejemplo, se buscó mejorar las condiciones de vida de la Policía, favoreciendo la posibilidad de adquirir viviendas con costos menores, en compra o alquiler. Adicionalmente, se fomentaron centros de conciliación, con apoyos multidisciplinarios de distintas profesiones, y consultorios jurídicos, así como las célebres “casas de paz”, que con servicios interdisciplinarios de conciliación se convirtieron en una estrategia colombiana de reconocimiento internacional.

Los esfuerzos educativos han sido muy sobresalientes, en la medida en que se han implementado programas de prevención, los cuales generan ingresos mediante el estímulo en la creación de microempresas; pero también está el apoyo a los jóvenes para prevenir la creación de pandillas, y la formación de líderes comunitarios, que interesados en los problemas de la comunidad cooperan en la resolución de los conflictos en forma organizada, a través de la distribución de sectores de la ciudad. Estos se encargan de la educación para evitar la violencia de género, así como del fomento de programas de prevención para el consumo de drogas. A esto se suman los esfuerzos de la Alcaldía mediante normas que prohíben el porte de armas y restringen el consumo de alcohol, estimulan la mejora de formas de desarrollo público, como el espacio, el fomento del deporte, etc., elementos con los que se ha logrado alcanzar resultados en verdad considerables en las estadísticas de la violencia, visibles especialmente en la reducción de los homicidios.

Esto muestra la necesidad de considerar otros elementos implicados en las estrategias de prevención. No cabe duda de que mucho de lo que se debe hacer está en las medidas sociales que fomenten responsablemente el

Estado, mediante leyes concretas en contra de las manifestaciones de la violencia, tales como el abuso sexual y los castigos físicos de los niños. Pero la labor fundamental se centra, en gran proporción, en medidas de reducción de la pobreza, como una prioridad que se debe alcanzar. Esta es una condición humana donde existen carencias, pero no solo materiales, sino sobre todo morales, intelectuales y espirituales. El apoyo a las familias debe ser una prioridad, mediante programas de asistencia que fomenten el desarrollo social y económico de sus miembros; sin embargo, que no solo respondan, en primer lugar, a la misión ética de todo Estado, sino que, en función del serio problema, puedan prevenir en el futuro los actos violentos.

Es absolutamente obvio que la violencia física o psicológica visible puede y debe ser prevenida, mediante sólidos y continuos programas de educación, en donde se fomente el respeto como valor social de convivencia, indispensable para construir auténticos procesos de paz. Nuestro país, no sin cierto autoritarismo, ha encontrado resultados satisfactorios en programas de desarme de la población, así como en el control del consumo de alcohol, que favorecen la reducción de las cifras de los actos violentos. Los logros obtenidos son moderadamente satisfactorios, por ser soluciones de forma; si se prescinde de ellas, los brotes de violencia vuelven a surgir. En realidad, queda mucho por hacer en este sentido, si se observa el contenido real del problema.

En el problema de la violencia en general, lo que merece mayor atención es la consideración de los elementos mencionados. Es indudable que estos factores estructurales de las naciones, tales como la pobreza, el déficit de educación de sus miembros y la impunidad,



son elementos en los que subyace un problema complejo, con raíces de todo tipo. A pesar de que se han hecho considerables esfuerzos en otras direcciones, el enfoque para los mismos puede ser mejor. Algunos aspectos de la circunstancia particular colombiana pueden servir de punto de referencia para las acciones que no se deben emprender. En el caso de Colombia, muchas veces las soluciones del Estado han estado mal dirigidas, en la medida en que han preponderado las normas represivas sobre las preventivas. Es preciso afirmar, también, que estos caminos de represión son otra forma de violencia, que cumple el mismo papel de multiplicar las acciones violentas, individual y colectivamente, y obstruir el desarrollo. Se trata, por el contrario, de romper el círculo de la violencia, no de incrementarlo con estas conductas, a las que se suman donaciones internacionales e inversiones en material bélico, que multiplican los actos violentos. Un problema multicausal como la violencia requiere soluciones en diferentes niveles: unas serán de acción a corto plazo, pero la mayoría a largo plazo, y todas vinculadas con procesos de educación y desarrollo social.

La educación para el ejercicio de la no violencia, como estrategia para resolver los conflictos en tales circunstancias, requiere también de acciones de justicia llevadas a cabo por los gobiernos, en un clima de transparencia. Estas conductas generan confianza y sentido de justicia; son, en una palabra, actos ejemplarizantes, que enseñan la virtud de la justicia, gracias a que son visibles a los ojos de todos. Por el contrario, la impunidad palpable en confusos procedimientos legales, para obtener la paz a cualquier precio, genera mayor confusión y desconcierto social. El resultado es la caída moral de las gentes, la sensación de que la virtud no

tiene valor, la idea de que hay que ser “astuto” y hacer uso de la moral y los deseos de paz de todos, como estrategia para obtener beneficios individuales, en contravía de los ciudadanos y especialmente de la justicia. En otras palabras, la injusticia del Estado fomenta el maquiavelismo, en cuyo seno crece la violencia.

Por el contrario, la búsqueda de alternativas con beneficio social, como ofrecer educación, a manera de instrumento para abandonar la pobreza, facilitar la adquisición de vivienda –con un auténtico alcance poblacional, acorde con las necesidades reales, dejando atrás todo populismo o demagogia–, generar empleo y recuperar un espacio público digno, junto con otros elementos, son caminos políticos de salud, que naturalmente dan un contexto preventivo en materia de violencia. Destinar los escasos recursos económicos en caminos de guerra, para alcanzar la paz, es ir en dirección opuesta de la paz, de la no violencia, como estrategia para el cambio.

OTROS ELEMENTOS VINCULADOS CON EL PROBLEMA

Es preciso considerar otros elementos estrechamente vinculados con la violencia. Uno de ellos depende en gran medida del control y fomento educativo que promueven los medios de comunicación. El poder que poseen sobre las masas puede ser usado en beneficio de la paz, y para esto se requiere de auténtica convicción institucional, que prohíba y controle las imágenes que recrean actos violentos familiares, sociales y de guerra. Tales imágenes resuenan en las mentes de los sujetos, quienes sufren otro tipo de violencia pasiva con la información propiciada. La deficiente información, no ponderada, amparada en un deformado concepto de



“derecho a informar”, genera en el espectador frustración y le hace abrigar en su interior mayores sentimientos de violencia e indignación. Es preciso considerar esta “meta-violencia”, generada por los medios, como un problema agregado a la naturaleza misma de la información y sus actuales posibilidades. Con el derecho a informar pueden existir formas de violencia que agudizan el problema y desmoralizan al ciudadano.

El monopolio comercial de los medios de comunicación es contrario a los principios democráticos y de justicia. Se trata de un inmenso poder escondido tras una insulsa diversión, cuando no francamente perversa, que engaña y distrae la atención de objetos sobre los que la necesidad de información, el diálogo y la discusión están ausentes. Esta manipulación no solo cierra los caminos para la solución de problemas, sino que genera una auténtica alienación. Se trata de un instrumento de poder que en muchas ocasiones fomenta la incapacidad real para pensar los problemas de una nación, y asumir soluciones eficaces por vías distintas a la violencia.

Se requiere de cauces democráticos que fomenten la posibilidad de construir opiniones y alternativas a los problemas nacionales y globales, en medio de una adecuada variedad de opiniones. Nuestro país ha visto con impotencia la reducción de sus medios escritos de información y de opinión, lo que constituye un factor auténtico de derrumbamiento de los cauces éticos de la democracia, y se convierte, en definitiva, en otra forma de violencia pasiva, bajo la figura de la desinformación. Este derrumbamiento se debe en gran medida a razones económicas que pudieron ser superadas, pero que no fueron tenidas en cuenta en el momento

oportuno. La violencia de los medios de comunicación no se limita a las imágenes de acciones violentas, sino que trasciende las mismas en el campo de la desinformación, la negación de su vocación democrática, el fomento de la frivolidad —estrechamente ligada con el ánimo de lucro— y la ausencia de compromiso en el desarrollo de la construcción colectiva de la democracia. El abandono de los medios de comunicación a las leyes del mercado favorece en definitiva la injusticia, en la medida en que la sociedad es la única destinataria de los beneficios o males que estos le puedan provocar. Tal injusticia revierte en otras formas de violencia, con consecuencias visibles en la desmoralización de la sociedad, y su frecuente renuncia al compromiso en la búsqueda de verdaderas soluciones a la medida de nuestras necesidades.

Los medios de comunicación nos han “televisado” la violencia, dejando impotente la voluntad individual y colectiva de oponerse a ella. Aquella que vive nuestro país —en gran medida compartida en otras regiones del mundo— obedece en buena parte al exceso de violencia pasiva generada por los medios de comunicación. Desde los años 60 se ha acusado a los medios de comunicación de someter a sus espectadores, especialmente a los niños, a un bombardeo de imágenes violentas. Un estudio mexicano reveló que en menos de tres años los niños han visto cerca de ocho mil asesinatos y unos 100.000 actos violentos⁸.

La televisión es una nueva forma de pedagogía de la violencia, que muchas veces sirve de estímulo al delito, al hedonismo, a la frivolidad y, por supuesto, a los actos

⁸ Ver diario La Jornada, México, D. F., 3 de julio de 2001.



violentos. Puede decirse que la mayoría de los programas comerciales son perniciosos para la niñez, y muchos de ellos fomentan el delito. Mediante los medios de comunicación, la violencia puede interiorizarse en los habitantes urbanos hasta niveles insospechados.

Otro factor que perpetúa la violencia está representado en la enferma herencia del marxismo, que nos obligó a pensar que ella es el único camino para resolver nuestros problemas sociales. Pero cabe preguntarse si la violencia pasiva, que ha perpetuado condiciones de disparidad, injusticia y desigualdad de oportunidades, ha provocado que algunos la hayan elegido como única vía “legítima” para resolver problemas vitales.

La verdad de todo esto también está en que un país no puede construirse cuando constriñe a gran parte de su población, para favorecer solo a unos pocos o para dar gusto a otra nación que impone las reglas del juego mundial. La paz, como resultado práctico del ejercicio de la no violencia, solo puede construirse en el reconocimiento de la diferencia, admitiendo que poseemos caminos culturales distintos, los cuales deben ser respetados, bajo la verdadera convicción de que no podemos imponer a otros nuestro propio camino.

Es preciso aceptar que el otro puede estar en lo correcto, a pesar de que use medios inadecuados, quizá porque ha sido constreñido para no usar medios pacíficos. Muchas veces los caminos de la “legitimidad” también contienen serios errores, que no siendo reconocidos fomentan mayores actos violentos. El verdadero diálogo de paz, donde reine la no violencia y se destierre la enfermedad violenta, requiere desprenderse de la arrogancia, y sobre todo debe admitir en el

otro la posibilidad de abrigar una diferente forma de comprender la solución de los problemas.

VIOLENCIA GLOBAL COMO REFLEJO Y FOMENTO DE LA VIOLENCIA INDIVIDUAL

Hemos comentado cómo el siglo XX merece ser recordado también como el de la violencia extrema, cuyas versiones más inicuas han sido cometidas por unos grupos humanos contra otros. Las célebres primera y segunda guerras mundiales, a las que se añaden multitud de serios conflictos locales, que han llevado a la muerte a cientos de miles de personas, son una prueba de que la violencia de nuestra época encuentra en las posibilidades tecnológicas una nueva fuente de insumos. Esta es la otra faz de la tecnología, ligada de un lado al progreso y al bienestar, pero de otro estrechamente vinculada con el poder y, en consecuencia, con mayores posibilidades de guerra y violencia.

Se trata de una violencia generada por el hombre, como consecuencia misma de no haber puesto final a procesos de violencia anteriores. Tal es el caso del execrable conflicto árabe-israelí, la injusta invasión “preventiva” a Irak, las innumerables masacres que en todo el globo se continúan perpetrando por motivos políticos, religiosos, económicos y de toda índole.

No existe lugar en el mundo, ni época de su historia, en donde la violencia no haya mostrado su rostro. En nuestro siglo parece no deseable mirar estos hechos. No queremos recordar la época del holocausto nazi, por los horrores que trajo consigo. Pero el mundo requiere de memoria para evitar la repetición de tales abusos. Aquí la educación tiene que señalar, con los



hechos, los alcances de la violencia individual, que unida propició tan increíbles estragos. Entonces, la memoria de la guerra debe servir de faro para encontrar otras vías a los conflictos humanos.

La violencia genera siempre, en las víctimas, sentimientos que provocan mayor violencia. Este círculo violento está representado en el contemporáneo “terrorismo”. Se trata de una espiral de actos violentos de distinta naturaleza, que se repiten como consecuencia de otras violencias, que activa o pasivamente se realizan en la historia por la ausencia de tolerancia. La interpretación que se ha hecho del funesto 11 de septiembre, más ha servido para fomentar la intolerancia que para reconocer lo indispensable de la tolerancia, para una convivencia global y multicultural.

A través de los medios de comunicación, el proceso de globalización ha estereotipado ciertos tipos de violencia, y ha puesto en la sombra otras formas, como la violación de cuerpos de leyes y consensos internacionales, en los que predominan conflictos exageradamente asimétricos. Lo curioso de este proceso es que muchas veces la democracia se convierte en un instrumento con el que se pretende legitimar atrocidades contra otros pueblos, bajo la bandera del “humanismo”. Esta es una lucha pretendidamente “legítima”, que hace uso de la violencia para aplacar el terrorismo, negándose a buscar otros caminos.

CONCLUSIONES

Aunque existen muchos vacíos sobre el conocimiento de la violencia y los factores que la soportan como un hecho ligado a la historia humana, puede afirmarse

que ella es, en alguna medida, prevenible, y que es posible intervenir en los factores que propician su emergencia y pronunciamiento.

Debe reconocerse, como un esfuerzo valioso, la pretensión de la OMS de hacer una aproximación global al problema de la violencia, aunque no con un enfoque adecuado. Los matices de cada conflicto deben resolverse según las circunstancias de vida en las que se vive la violencia. Estas soluciones macro tienen elementos de valor, pero su alcance debe adecuarse a situaciones culturales específicas. El ejemplo de Redepaz es una prueba de ello, que con sólidos resultados se ha anticipado a la propuesta de la OMS en más de una década. Sin embargo, es preciso estimular y promover la tesis de la OMS, especialmente en el punto que pretende el fomento de la investigación sobre la violencia, en la medida en que se puede conocer mejor el contexto donde se realiza y los factores que la condicionan.

Es un hecho que la inversión social previene en gran medida los actos violentos, y que ella debe realizarse en los grupos más vulnerables. No hay paz en donde no reina la justicia, se ha dicho con mucha verdad. Por esta razón, es de esperar que si las condiciones de la actual globalización ponen en peligro la presencia de la justicia y la equidad, tendremos más dificultades para aplacar los brotes individuales y colectivos de violencia. Esto manifiesta la necesidad de que, en medio de los procesos inevitables de globalización, se busquen salidas que beneficien más a la sociedad y menos al mercado. Comprender que el hombre y sus necesidades son anteriores a las “leyes del mercado” es un primer paso de orden en el caos económico, que se dirige de modo inflexible hacia la pobreza. No prever esta cir-



cunstancia no es otra cosa que agravar la situación de violencia.

Los medios de comunicación desempeñan un papel preponderante en la solución o exacerbación de los conflictos. Pueden proponerse acciones también “globales” de control de dichos medios, como una fuente desde la que puede fomentarse una cultura de la no violencia. Las dificultades están representadas en una legislación que favorece en gran medida un privilegio del sector privado sobre el público, en el manejo de muchos de los asuntos del Estado, y también de los medios de comunicación. Además, esta situación propicia un deterioro del sentido de lo público, que por desgracia se propaga como un mal que lesiona la democracia, y que se pronuncia en países como el nuestro. Recuperar este sentido de lo público, con el que se logre alcanzar un control más definido sobre los medios de comunicación masiva, puede ayudar en gran medida a afrontar una de las causas de la violencia global.

El enfoque contemporáneo de la OMS ha pretendido examinar el asunto de la violencia como un problema de salud, en una perspectiva “medicalista” casi equivalente a la de las cardiopatías o el cáncer; el intento es sin duda ingenioso, pero simplicista. En la raíz de la cuestión no se esconde una enfermedad, como interpreta la OMS, sino un serio problema, que penetra en las raíces de la cultura y de su historia. Si bien existen elementos biológicos que pueden justificar la violencia, se trata más de un asunto cultural, antes que biológico. El enfoque propuesto por la OMS pretende, superficialmente, prevenir y combatir las raíces de la violencia, y al mismo tiempo investigar sus causas, con la contribución de instituciones y disciplinas como la psi-

cología y la epidemiología. De igual modo que la fiebre no está en las sábanas, el control y manejo “médico” de la violencia no se adecua a las dimensiones del problema, aunque ciertamente puede cooperar. Tales programas de prevención, y su implementación, parecen no estar adecuadamente articulados con los proyectos de educación que debe promover el Estado.

Ignorar otros tipos de violencia “legítima”, en los que se favorecen y realizan comportamientos violentos, es desconocer la mitad del problema. En la raíz de este análisis se encuentran elementos de cuestionamientos culturales, que deben hacer parte de una agenda de prevención contra la violencia. En el fondo hay mucho más que un asunto “médico” y de salud. Se trata también de un serio problema cultural, inscrito en una larga historia. Por este motivo, se deben buscar análisis de prevención no circunscritos al tradicional concepto de salud, sino sobre todo que impliquen un enfoque de mayor apertura, desde el cual se fomente la promoción de valores culturales de convivencia pacífica.

Muchos de los problemas de nuestro presente político global se deben a la intolerancia de algunos grupos humanos, que se atribuyen el derecho de intervenir sobre los modos de vida de otros, con frecuencia haciendo uso de la violencia. Este fenómeno lleva a la manifestación de mayor violencia e intolerancia, que se ven potenciadas por los medios de comunicación masiva, con iguales o peores efectos que los visibles en los lastimosamente “tradicionales” programas comerciales, inundados de violencia.

El problema global posee otras dificultades, de no poco tamaño. Una de estas está representada en la oscu-



ridad que envuelve el problema de la violencia circunscrita a la esfera de lo privado. Se requiere de un gran esfuerzo de información y de cooperación interdisciplinar, para elaborar respuestas que puedan ser eficaces a este nivel. Otra dificultad se encuentra en la dimensión cultural, que modifica los cánones interpretativos para una posible medición del acto violento. La pedagogía contemporánea, por ejemplo, desprecia otras épocas, en las que la educación gozaba de medidas coercitivas en la enseñanza, las cuales se consideraban como parte esencial de la misma. Esto demuestra que existen diversos modos de comprender y tolerar las acciones violentas, y que la posibilidad de reconocer otros actos no visibles de violencia debe afrontar la difícil tarea del diálogo y la tolerancia, sobre lo que puede considerarse como un acto de violencia pasiva y lo que no lo es. En este campo hay mucho trabajo para la reflexión bioética.

La circunstancia de la violencia como problema cultural invita al cuestionamiento de los valores que inspiran los modelos culturales contemporáneos. Es preciso admitir que nuestra cultura busca un exceso de satisfacción en la adquisición de bienes materiales, la mayoría de ellos superfluos. Los afanes del individuo por adquirir se encuentran potenciados por los medios de comunicación masiva, y no dejan espacio para que se haga algún esfuerzo por estar en paz consigo mismo. Se requiere una modificación de la actitud, que solo en la decidida voluntad individual puede alcanzar la meta de no optar por la violencia para resolver los conflictos. Estos factores hacen del escenario de la educación un lugar de altísimo valor en la consecución de metas culturales que fomenten el diálogo y la presencia activa de valores universales, como

el derecho a la discrepancia, la tolerancia, la justicia y el respeto.

El hecho según el cual desde hace más de veinte años se ha detectado el asunto de la violencia como un serio problema, de graves consecuencias bajo un contexto más amplio de salud, es sin duda un gran acierto. Desde 1996, el tema se incorpora a la agenda de atención mundial de salud, y la violencia es declarada como uno de los principales problemas prevenibles de salud pública. Esto es sin duda un notable aporte, que sensibiliza la conciencia de nuestro siglo, tan habituado a los comportamientos violentos. La dificultad estriba en presumir que la violencia es tan solo aquella que se manifiesta físicamente en las guerras, peleas u homicidios. No hay duda de que las acciones concretas sobre este tipo de violencia, como la ejemplar labor llevada a cabo por Redepaz en Cali, Colombia, son necesarias. Hemos comentado que no solamente existe esta clase de violencia, sino también muchas otras formas, que se gestan en el interior de los insultos, inclusive en los apodosos o sentimientos contrarios a quienes piensan de modo distinto a nosotros. Ahí están las raíces de la violencia visible, contra la cual debe luchar-se, para prevenirla precozmente.

La filosofía de la no violencia, de Gandhi, se funda en una ausencia total de actos violentos, que inicia desde el pensamiento. Para no vivir en la violencia, y para no optar por ella ante las situaciones de conflicto, se requiere de una transformación individual –pero también de las autoridades–, en donde el pensamiento negativo hacia el otro sea reconocido como un acto violento, que se vive en el interior del individuo. Considerar al otro como “enemigo” es el inicio de una violencia



que parte del pensamiento hacia el otro, y que se expresa de algún modo hacia los demás. En estas condiciones, siempre será imposible el verdadero diálogo. Se trata de hacer un gran esfuerzo por considerar como amigo al hombre que actúa violentamente, no como enemigo, y asimismo, buscar el cambio en la manera de actuar. Esta perspectiva significa, sin duda alguna, un esfuerzo moral sustancial y práctico, pero no imposible de lograr, en el cual se halla comprometida también la bioética.

Es de suma importancia reconocer que las autoridades ejercen con frecuencia la violencia, dado que su condición las sitúa irremediabilmente en una posición de pedagogía negativa. En una legislación que pretende mayores impuestos, la impunidad, la asimetría en la resolución de conflictos, y las soluciones de guerra y para la guerra, no son el camino para que el ciudadano aprenda valores culturales en donde no reine la violencia. Algunos principios señalaba Gandhi en su filosofía de la no violencia: a nivel público, la verdad; a nivel personal, el respeto, la comprensión, la aceptación y el aprecio. Cualquier principio que desee proponer el ejercicio de la no violencia, debe partir ante todo del respeto, primeramente por nosotros mismos y luego por los demás y sus opiniones, y también hacia el mundo que nos rodea. Todos estos caminos hablan de una paz que está en el interior de los individuos, no de la “paz” provocada por la violencia de la guerra, que no deja más que el silencio de la muerte.

Por estas razones, todos los grandes ideales, como la erradicación de la miseria, la búsqueda de la salud, las intenciones de justicia y de paz globales, deben empezar por abrir un espacio, para que tanto pobres como

ricos puedan hacer introspección, y se decidan –de modo individual y colectivo– por resolver los problemas a través de caminos distintos de la violencia.

R E F E R E N C I A S

- Alberdi, I., y Matas, N. *La violencia doméstica. Informe sobre los malos tratos a mujeres en España*, La Caixa, 2002.
- Andrews, B., y Berwin, C. R. “Attributions of blame for marital violence: A study of antecedents and consequences”, *Journal of Marriage and the Family*, 52, 1990.
- Asociación Pro-Derechos Humanos. *La violencia familiar. Actitudes y representaciones sociales*, Madrid, 2000.
- Bandarage, A. *Women, population and global crisis*, Londres, Sed Books, 1999.
- Benjamín, W. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Madrid, Taurus, 1991.
- Bosch, E.; Ferrer, V., y Gili, M. *Historia de la misoginia*, Barcelona, Anthropos, 1999.
- Brownmiller, E. *Against our will*, Nueva York, Bantham Books, 1981.
- Bunch, Ch., y Carrillo, R. (eds.). *Violencia de género. Un problema de desarrollo y derechos humanos*, Nueva York, Unifem, 1994.
- Butler, J. *Gender trouble: Feminism and the subversion of identity*, NY, Routledge, 1989.
- Butler, J. “Variaciones sobre sexo y género”. Beauvoir, Witting y Foucault, en Benhabid, S., y Cornella, D. (eds.). *Teoría feminista y teoría crítica*, Valencia, Alfonso el Magnánimo, 1990, pp. 193-211.
- Camps, V. *El siglo de las mujeres*, Madrid, Cátedra, 1998.
- Carcedo, A., y Sagot, M. *Femicidio en Costa Rica. 1990-1999*, OPS - Organización Panamericana de Salud, 2002.
- Carrillo, R. “La violencia contra la mujer: obstáculo al desarrollo”, en CIMTM, *Otra frontera rota: aspectos jurídicos de la violencia doméstica*, Madrid, Enitema, 1998.
- Casagrande, C. “La mujer custodiada”, en Duby y Perrot, *Historia de las mujeres. La Edad Media*. Madrid, Taurus, 1992.
- Castells, R. “El poder de la Identidad”, *Economía, sociedad y cultura*, vol. 2, Madrid, Alianza, 1998.
- Claramunt, María Cecilia. “Ayudándonos para ayudar a otros: guía para el autocuidado de quienes trabajan en el campo de la vio-



- lencia intrafamiliar”, San José, Costa Rica, *Serie Género y Salud Pública*, 7, Organización Panamericana de Salud, 1999.
- Clutterbuck, Richard. *Los medios de comunicación y la violencia política*, Pamplona, U. Navarra, 1985.
- Corsi, J. *Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención*, Buenos Aires, Paidós, 1995.
- Corsi, J. *Violencia familiar Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social*, Buenos Aires, Paidós, 1997.
- Degani, Paola. “Diritti umani e violenza contro le donne: resenti sviluppi in materia di tutela internazionale”, Università di Padova/Cátedra Unesco in Diritti umani, democrazia e pace, *Quaderni*, N° 1, 2000.
- Diario La Jornada, México, D. F., 3 de julio de 2001.
- Fraisse, G. “Del destino social al destino personal. Historia filosófica de la diferencia de los sexos”, en Duby y Perrot (eds.), *Historia de las mujeres en Occidente. El siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1993.
- Guerrero, Rodrigo. *Programa municipal para la prevención y atención de la violencia*, BID, Redepaz Cali, Fundación Carvajal, 1999.
- OMS. *Guías para la vigilancia epidemiológica de violencia y lesiones*, WHO, Department of Injuries and Violence Prevention, 1998.
- Séptima sesión de la Asamblea Mundial de la Salud, 23 de enero de 2003.
- Sissa, G. “Filosofías de género: Platón, Aristóteles y la diferencia sexual”, en Duby y Perrot (eds.), *Historia de las mujeres en Occidente. La antigüedad*, Madrid, Taurus, 1991.
- Uribe Echeverry, J. *La medición de las desigualdades como base para la acción sanitaria*, OMS/OPS, 2002.
- Walker, L. *Abused women and survivor therapy. A practical guide for the psychotherapist*, Washington, DC, American Psychological Association, 1994.
- WHO. *World Report on Violence and Health*, Washington, DC, 2002.

